

“¡Me gusta Joseph D’Lacey!”

*Stephen King*

JOSEPH D’LACEY

LA  
BRIGADA  
DE LA  
MUERTE

Asediadas en un bloque de calles llamado la Estación, doscientas personas han sobrevivido el apocalipsis desde que comenzó el Largo Silencio. Hasta ahora...

Nadie sabe qué ocurrió. Después de que anochece, miles de habitantes de la ciudad —ni vivos ni muertos— merodean por las calles en busca de los vivos.

La Estación está bajo constante amenaza. Cada día, se echa a suertes quiénes serán los siete miembros de la Brigada de la Muerte. Su misión es simple: el exterminio.

Sheri Foley ha descubierto que tiene el corazón de una superviviente y es uno de los miembros más implacables de la brigada. Pero dentro de la Estación hay otra clase de enemigos...

# Capítulo 1

La noche cae como un mazazo porque nos aterra. Aquello que deseas se hace esperar y lo que temes llega repentinamente.

Primero oyes los llantos de la gente. Cientos de personas, quizá más. Todos han perdido algo que apreciaban y quieren recuperar. Después, unos cuantos disparos sueltos, el sonido de las botas a la carrera en las frías aceras y las calles vacías. Luego, tiroteos coordinados y precisos. Más carreras, gritos ahogados de alerta y órdenes. Cuando estás cerca los disparos suenan como petardos, de más lejos sencillamente como pistolas de juguete, poco reales. Todos prestamos atención a los ruidos de la noche, porque no estaría bien ignorarlos, sería casi una falta de respeto. Aguardamos los gritos y rezamos por no tener que oírlos nunca más.

Si hago un esfuerzo, recuerdo el auténtico sonido de la ciudad por la noche. Coches y sirenas y un millón de neumáticos resoplando sobre las piedras cubiertas de asfalto. Aviones y helicópteros relucientes que cortan el aire sobre nuestras cabezas. Gente gritando, música que se aleja.

Tan solo nos quedan los disparos. Hace tiempo eran el sonido de ráfagas de violencia y guerras particulares. Ahora, en el silencio de la ciudad, son los sonidos de la supervivencia.

—¿Patrullas esta noche, Sheri? —pregunta Ike.

—No. ¿Y tú?

—¿A ti qué te parece?

Ike Delgado no patrulla si puede evitarlo. No tiene agallas. Solo pregunta para saber si va a echar un polvo. Ahora mismo está convencido.

Pero no.

—Voy a tomarme unas judías con carne a la Delgado regadas con un Beaujolais del 98. ¿Te apuntas?

—Tengo el periodo.

Ike odia la sangre. Especialmente la de abajo, como dice él. Intenta ocultar su reparo y lo hace muy bien.

—¿Eso qué importa para que cenemos juntos?

—Importa si no tengo hambre.

Él se encoge de hombros y sonrío. En cierto modo no le molesta.

—A más toco.

Ahora soy yo la que me encojo de hombros. Entonces él dice:

—¿Te vienes a dormir a mi casa?

De repente estamos en terreno desconocido. No me gusta cómo pinta.

—Quizá mañana, Ike.

Se vuelve a encoger de hombros y se va.

Estoy sola, sentada sobre una caja de botellas en el callejón Sally, limpiando y lubricando mis armas. En realidad se me ha retrasado el periodo unos días. Desde que empezó el Largo Silencio no ha vuelto a ser regular. Tengo un humor de mil demonios porque llevo casi una semana sin patrullar. Los cañones están pidiendo guerra. O quizás sea el síndrome premenstrual.

De cualquier forma, Ike Delgado va a dormir solo esta noche. Sheri Foley necesita espacio.

No hace falta mucha disciplina, pero sí agallas. Si hubieran sobrevivido más soldados nos podrían haber enseñado a mantener el orden en medio del caos. A tener limpias las botas y las armas a punto mientras aumentan las bajas. A marchar y cantar para mantener los ánimos. Pero no sobrevivió ningún soldado o, en todo caso, no vive en la Estación. No importa. Hemos aprendido lo necesario. Probablemente no sea suficiente para sobrevivir.

La brigada sale todas las noches. Es una lotería. Cualquiera puede presentarse voluntario, pero solo siete hacen la ronda. Si algo va mal, perdemos solo unos pocos. Llevamos las cuentas: los que nos hemos cargado, los que quedamos.

Nosotros tenemos:

Una manzana con tiendas, apartamentos y callejones. Dos depósitos de armas. Tres supermercados pequeños, dos restaurantes y un almacén. Una farmacia. Existencias de GLP en cisternas móviles para unos cuantos años. Depósitos de agua de lluvia en cada tejado. Algunos sacos de cultivo y unas cuantas semillas. Un muro al final de cada callejón construido con cascotes y otros materiales de desecho. Más espacio habitable del que podemos usar. Unas doscientas almas. No sé cuántos éramos al principio pero nos acercamos a cero a medida que pasan los meses.

Ellos tienen:

Un contingente incalculable. Necesidades impredecibles. Insomnio.

Solo quiero que te hagas una idea. Hay más, mucho más, pero ahora que te he puesto al corriente, el resto se entenderá mejor.

Seguro que has tenido una de esas relaciones que no funciona y que no va a durar mucho. Cuando sabes de sobra que tiene que haber alguien mejor que aún no has encontrado. Yo me imaginaba que esas relaciones eran como

las estaciones de un viaje en tren. Llegas, te das una vuelta y visitas los monumentos para volverte a subir muy pronto al tren y marcharte a otro sitio más interesante. Siempre he creído que llegaría a ese destino especial; que encontraría a esa persona que venía de lejos a reunirse conmigo.

Ahora mismo estoy saliendo con Ike Delgado. Y como no me queda vía porque todo el mundo se ha quedado sin vía, voy a salir con él mucho más tiempo del que había imaginado. De momento, por lo que sé, mi tren no va a salir de esta Estación.

Por alguna coincidencia, alguien le puso el nombre de «Estación de Nielsen y McKinley» a este gueto circunstancial en el que vivimos, la última parada de la línea. La manzana se encuentra entre las calles 33 y 34 en dirección norte-sur, y Nielsen y McKinley en el otro sentido. Casi siempre decimos la Estación, sin más. Creo que lo hacemos con la esperanza de que algún día haya otros sitios donde ir, que nuestro viaje interrumpido se reanude.

No sabemos qué ocurrió el día que empezó el Largo Silencio; si fue una bomba, algo en el agua o que nos rociaron desde aviones, o si fue la respuesta de la naturaleza a la locura del mundo. Lo más extraño es que no afectó a todos los habitantes de la ciudad. La prevalencia fue mayor entre oficinistas, administrativos y chupatintas. La clase de trabajadores que no era realmente la clase trabajadora. Quizá fuera porque estaban en lo alto de los edificios cuando sucedió. En cualquier caso, están ahí, al otro lado del muro, miles de ellos por toda la ciudad. Cientos de miles. Los reconoces nada más verlos. Los llamamos Transeúntes porque siguen desplazándose.

Nosotros somos los Terminadores. Porque vivimos en una Estación. Porque no vamos a ninguna parte.

Porque acabamos con los Transeúntes.

Es cierto que no somos soldados de verdad, pero de cualquier forma mantenemos nuestros equipos limpios y en perfecto estado de revista. Solamente un suicida quiere que se le atasque el arma o fallar el tiro cuando está de patrulla. Es mejor salir cuando todavía hay luz, antes de que lleguen los Transeúntes. De lo contrario, estarán preparados para recibirnos. Nos preparamos más o menos cuando los rascacielos empiezan a ocultar el sol.

Para estar seguros.

Eso es lo que hacemos.

Antes de subir la escalera probamos nuestros equipos una última vez. Encendemos la linterna de minero que llevamos en la cabeza para comprobar la batería. Llevamos una de repuesto en la mochila. Comprobamos que las armas estén cargadas, con los seguros puestos hasta que salgamos. Llevo dos fusiles con acción de bombeo. Cada uno con ocho disparos. Como las culatas son de plástico, pesan menos. Kane está cargado con cartuchos dispersantes normales. Lo tengo a mano cuando salgo del sótano. Abel lleva cartuchos con postas. Solo saco a Abel para trabajos pesados. Su retroceso es tan fuerte que me hace daño en el hombro cuando lo disparo. Para emergencias llevo al paramédico: una recortada del 38 que uso para anestesiar para siempre a otros Terminadores. Algo de comer y agua para después y un botiquín de primeros auxilios que, a decir verdad, es un desperdicio de espacio. Si caes herido al otro lado del muro lo más probable es que no vuelvas a la Estación a que te cambien los vendajes.

¿Qué hace una mujer llevando armas y jugando a milicianos?

Sobrevivir.

Como todos los demás.

## Capítulo 2

Así trabaja la brigada:

Todos pueden presentarse voluntarios las veces que quieran. Algunos presentan una solicitud todos los días, otros ocasionalmente. Los que no quieren patrullar no tienen elección. Una vez a la semana todos los nombres entran en el bombo. Para que sea un sistema justo.

Los no voluntarios son los que más riesgo corren fuera porque no han desarrollado destrezas. No tienen conocimientos. Ninguno de los habituales los *quiere* en la brigada, pero todos entienden por qué es importante. De ningún modo debemos protegerlos. Tenemos que trabajar juntos. Todos deben contribuir.

A pesar de la lotería semanal para los no voluntarios, sigue habiendo algunos que nunca han sacado su rifle fuera de los muros de la Estación. Gente como mi hombre, Ike. Pero en realidad eso no importa. La lotería sirve para garantizar que todos puedan salir elegidos, aunque todavía no hayan tenido el placer.

Otra vez siete en la brigada. Siete soldados. Siete pecadores. Siete estrellas.

Es como una fórmula mágica. Algo sagrado. El número siete nos protege. Al ser siete conjuramos el mal que hacemos. No sé cómo elegimos este número o de quién fue la idea. Como con muchas cosas importantes, sucedió y ya está.

Entre los siete me siento segura. Tan segura como se puede estar en estas circunstancias.

—¿Todos listos?

Monty Spence, el capitán esta noche, nos mira cara a cara en la bodega del restaurante de la 33. Cada noche usamos distintas salidas. A veces por encima de la tapia, otras por debajo, siempre un lado diferente de la Estación.

Todos asentimos. Este es el momento, justo antes de salir del santuario de la Estación, el momento decisivo después del cual nada es seguro. Nos sentamos en la bodega pensando si esta será la noche en la que no volvamos. Pensando en un futuro que no podemos ver. Analizamos nuestras «malas sensaciones», comprobamos nuestra respiración interior, buscamos señales en todo lo que nos rodea. Nos comprimimos hacia este momento como partículas en una jeringa. Solo hay una vía, y es hacia afuera.

Spence sube la escalera; lleva dos pistolas cruzadas en el pecho y un fusil de asalto al hombro. Escucha a través de las chapas de acero que forman las puertas de la bodega. Los paneles son resistentes y están incrustados en el hormigón de lo que fue una concurrida acera. Los Transeúntes nunca lo atravesarán. Spence nos mantiene a la espera, sin embargo. No quiere problemas. Nosotros tampoco.

Creo que nueve de cada diez de los habitantes de la Estación nos apuntamos a la lotería diaria de la brigada. Puede parecer una locura, pero no es tan sencillo. Casi todos nosotros trabajábamos antes de esto. Yo era peluquera a unas manzanas de aquí. Me pasaba el día cortando, tiñendo, decolorando, peinando, hablando de tonterías con las clientas. No puedo decir que fuera un eslabón importante en la cadena de la sociedad, pero tenía mi sitio. Después del silencio todos perdimos esa sensación de saber quiénes éramos. La mayoría perdimos familia y amigos, la gente que nos daba nuestra identidad. El mundo también perdió

su rostro. De pronto era un lugar que no reconocíamos. Por eso buscamos orden. Imponemos orden. Necesitamos saber quiénes somos.

Patrullando recuperamos nuestro sentido de identidad y un objetivo. Es un trabajo que todos los Terminadores respetan, el que casi todos queremos hacer. Y hay que hacerlo.

Spence nos mira y asiente.

Abre el cerrojo.

Empuja una hoja de la puerta. Con una cuerda la baja silenciosamente hasta la altura de la calle. Repite la acción con la otra hoja y sale a la noche. Esperamos. Unos segundos más tarde susurra:

—No hay nadie.

Uno a uno vamos subiendo la escalera para empezar el turno de noche.

Vamos a trabajar.

Sin televisión ni radio. Sin conexión a Internet. Ha sido así desde el principio.

Nos hacemos las mismas preguntas cada día. ¿Hay alguien ahí? Si no en la ciudad, ¿en algún otro sitio? ¿Quizá agazapados como nosotros intentando sobrevivir? Estoy convencida. Creo que están por ahí, pero ahora mismo no es seguro irnos. No podemos salir de aquí. Por supuesto no podemos conducir. Sea lo que fuera, aquel día se pararon todos los coches, los relojes, los teléfonos móviles. Todo lo que contuviera una chispa de electricidad murió y ha permanecido muerto.

Las únicas excepciones son los objetos sencillos, como las linternas. Desmontar las linternas, limpiar sus componentes y volverlas a montar. ¡Pum!, funciona. No me preguntéis por qué. La única persona de la Estación que entiende a qué puede deberse es Davey Sontaig. Dice que lo único que podría derribarlo todo sería un PEM, una especie de pulso magnético. Cuenta que podría haber sido algún

tipo de arma. O una gran erupción solar. El mundo sigue girando, pero ese día quedó en silencio.

De vez en cuando vemos un coche que todavía no hemos probado y giramos la llave. Es como apretar el gatillo y no oír ni un clic. Silencio y muerte. Sigo esperando encontrarnos con gente, gente como nosotros pero con algo de inteligencia. Gente que nos pueda poner de nuevo en marcha, que saque nuestro tren de la Estación.

Cuando estamos arriba, Monty cierra las puertas de acero con el mismo sigilo. Abajo, alguien echa el candado. Se quedarán toda la noche esperando nuestro regreso. Da igual si llegamos pronto o tarde, estarán ahí para dejarnos entrar.

En la acera nos desplegamos en V como una bandada de gansos. Monty nos dirige hacia la noche. En la calle, la noche de la ciudad solía ser tan luminosa como el día. El brillo de los faros, de los escaparates y las farolas y el neón recreaban el día cuando el sol no podía más de cansancio.

Ahora es distinto. Tendría que estar oscura como la boca del lobo, pero no es así. En cada calle y por todas partes hay una especie de luz sin un origen evidente. Es verdosa y vemos como a través de gafas de visión nocturna. Nadie sabe de dónde viene la luz, pero hay algo más en lo que todos pensamos. A algunos les gusta hablar de ello, otros se guardan sus teorías. No puedes juntar todas esas anomalías y alegrarte de lo que indican. Todos intentamos sobrevivir. Pensar en lo peor que podría pasarnos puede ser realista, pero no nos ayuda a seguir luchando. No te ayuda a seguir con vida.

Solo que, a veces, no puedes evitar pensarlo. A todos nos pasa de vez en cuando. Entonces ocurren los suicidios. Gente que sale de la Estación sola y sin armas sin decírselo a nadie. Horas o días después nos damos cuenta de que falta alguien y buscamos por toda la Estación por si está enfermo o ha habido un accidente. Hasta ahora no ha habi-

do nada de eso. Ha sido alguien que ha dejado de creer en el futuro y quiere acabar con la espera.

Es curioso que nunca se corten las venas ni se ahorquen. Siempre salen de la Estación. Quizá crean que nos deshonran si mueren aquí cuando, en el fondo, ya no se sienten parte de este lugar. Quizá se avergüencen de rendirse. O a lo mejor, y esto es lo que yo creo, quieren ver el mundo exterior por última vez. Quieren caminar sin impedimentos por las calles, llegar hasta los límites de la ciudad e intentar ver algún lugar que no hayan visto antes. Me imagino que si se fueran lo bastante pronto podrían llegar más allá de los últimos barrios y ver campo abierto. A lo mejor. Tendrían que andar deprisa y no pararse. O correr. ¿Se sientan quizá en un banco del parque, no muy lejos, y se imaginan las vistas y los sonidos de la ciudad como si fuera un día normal y corriente? Quizá eso es lo que hacen en vez de esperar al anochecer. Un último maravilloso día en la ciudad. Como los de antes.

A veces creo que la idea de suicidio avanza sigilosamente en los Terminadores sin que estos se percaten. El subconsciente les dice que su vida ha terminado, pero la conciencia no lo admite y siguen luchando por sobrevivir. Los Terminadores con este problema se convierten en máquinas. Cuando les pasa, no tienen posibilidad de ganar. Un instinto profundo supera todo aquello en lo que creías. Un animal salvaje se echaría y se dejaría morir.

Errores. Eso es lo que produce los suicidios subconscientes. Accidentes. Esos son los peores. Los que creen que intentan seguir viviendo cuando en su interior ya han muerto. Los que se rebelan cuando llega el momento de morir. Mueren matando, sin rendirse.

Me pongo enferma solo de pensarlo.

Es fácil, todo se reduce a lo siguiente: cazarlos antes de que nos cacen.

Hacer todo lo posible para ponérselo difícil, hacer todo lo posible para disuadirles y que no se acerquen a noso-

tros. Reducirlos. Liquidarlos. Por supuesto, parece que lo único que conseguimos es que se desesperen más, que tengan mayor determinación.

Me gusta la luz del día como nunca antes de que empezara el Gran Silencio. Me levanto en cuanto puedo ver sin una linterna o una lámpara. Con la luz del día parece que estamos a salvo, pero no tenemos ninguna certeza. De vez en cuando seguimos perdiendo Terminadores durante el día. Nunca logramos averiguar si querían desaparecer.

## Capítulo 3

Van pasando los meses y las cosas cambian, pero nunca para mejor.

Al principio, sus visitas a la Estación eran esporádicas. Abríamos fuego desde las tapias cuando vagaban buscando una manera de entrar. El número de visitas y su frecuencia iba aumentando. Les oíamos aporrear las tapias y darse de cabezazos contra los cierres metálicos de las tiendas. Por aquel entonces era fácil. Solo había que apoyarse en la pared, apuntar y disparar.

¿He dicho fácil? Llevo aquí demasiado tiempo.

No resulta nada fácil disparar a alguien. A pesar de todo, siguen pareciendo personas. Llevan trajes elegantes, o falda y chaqueta. Gastan caros zapatos de piel. Van un poco desaliñados, un poco sucios. Te miran con ojos suplicantes. No saben hablar, pero sí gemir. Saben sollozar. Tienden las manos como si fueran mendigos a punto de morir de hambre, el rostro como consumido por las privaciones y los ojos, esos ojos vivos e implorantes, transmiten una profunda sensación de miseria y necesidad extremas. Por Dios, si el mundo siguiera siendo el de antes les tomarías con fuerza en tus brazos, y les darías todo el amor y el dinero que pidieran. Pero nada es como antes. Si les dejas que te toquen te arrastrarán a dondequiera que se escondan y volverás, mudo salvo por las lágrimas, con esa misma necesidad en tus ojos. Así que apuntas el cañón hacia ellos, a la cabeza si de verdad quieres que dejen de mirarte de esa

forma. Si de verdad quieres seguir vivo. Si eres un Terminador. Si eres de la Brigada de la muerte.

Y con mucha calma, con toda la calma del mundo, sin pestañear por los disparos o por la sacudida del arma que empuñas, llevas el gatillo a su posición y sueltas el plomo. Y los lamentos cesan. Y suspiras una y otra vez. Y quizá vomites o, si no soportas lo que acabas de hacer, vuelves a vomitar y después una tercera y una cuarta vez. Y a menudo, cuando aprietas los dientes, y destrozaz cabezas humanas, liquidar a otros se hace más fácil, te encuentras susurrando ante los llorosos, lastimeros, incansables zombis que hacían funcionar la ciudad y dices: «Cállate cabrón. Cállate cabrón. Cállate. Cállate. Cállate».

A veces susurras eso mismo cuando recorres los callejones de la Estación Nielsen y McKinley, rodeados por tus aliados, tus amigos, amantes y conocidos. Y nadie te dice nada porque todos entienden lo que haces. Eres de la Brigada de la muerte. Sin ti, la Estación también muere.

Solo porque ayer fuera seguro no significa que hoy vaya a serlo. Solo porque ayer no aparecieron de día no significa que no lo vayan a hacer hoy. Todos tenemos esa sensación de avance y crecimiento. Casi como si tuvieran un plan de algún tipo. ¿Cómo puede ser si nunca hablan? No lo entiendo. Pero solo porque no hablen hoy no significa que no lo vayan a hacer mañana.

Una de las cosas de las que estamos bastante seguros es que cada vez son más. Si no nos están quitando gente, deben estar sacándola de otro sitio. Lo que quiere decir que hay otra gente por ahí que intenta sobrevivir como nosotros. Hasta ahora no hemos conseguido llegar lo bastante lejos en un día para encontrarlos. Estamos atrapados por lo que dura un día. Podemos ir medio día en cualquier dirección siempre que estemos de vuelta al anochecer. Pero ese no es el trabajo de la Brigada de la muerte. De eso se ocupan los Rastreadores.